

# SEMANA SANTA EN LA LAGUNA DE TOTA

**Germán Mariño**

## **Lunes 25 de marzo**

Salimos para la Laguna de Tota el lunes 25 de marzo. Íbamos Graciela, mi esposa, Diana (una amiga de los dos) y yo. No lo hicimos el domingo 24 porque en la noche teníamos boletas para una obra del festival iberoamericano de teatro: La violación de Lucrecia. Un monólogo de Shakespeare que resultó estremecedor; culmina con el suicidio de la violada después de haber denunciado ante su marido al agresor. Un drama sobre la miseria humana. Una obra ambientada en el Imperio Romano que bien hubiera podido ser una tragedia griega. Pensé que un monólogo con escenografía minimalista iba a terminar siendo un martirio; pero la actriz (Nuria Espert), una Española como de 70 años, resultó maravillosa.

La Laguna de Tota era un destino añorado por más de 30 años. Desde cuando recién casado por segunda vez, con nuestro Renault 4, paseamos por la zona y nos topamos con un pequeño hotel a la orilla de la laguna; era todo en madera y lo habían edificado unos suizos. Tenía una enorme chimenea en la recepción. Excesivamente costoso para nuestros ingresos.

Partimos para Tota pero no al hotel soñado sino a una pequeña cabaña que, también a la orilla de la laguna, había alquilado Diana.

Exceptuando el paso por Gachancipá, la carretera por fin es de 4 carriles, lo que permite andar demasiado rápido para mis nervios. Manejaba Diana a un poco más de 100 kilómetros por hora.

Desayunamos en el Carajo (al lado de Sesquilé), un restaurante de carretera que en verdad es del carajo. Un poco más tarde ya cerca de Tunja, en el Puente de Boyacá, entramos a un pequeño Parador donde nos comimos un delicioso queso en capas y entramos al baño, el verdadero motivo de nuestra parada.

El lunes era feriado (estábamos en Semana Santa) y al pasar por Sogamoso todo estaba cerrado. De pura casualidad conseguimos una licorera abierta donde complementamos nuestras reservas de vino y aguardiente.

En Sogamoso fue imposible no recordar el asesinato de Nacho Torres. Ambos habíamos estudiado en la Universidad Javeriana (él teología y yo Ingeniería Electrónica). Nunca se hizo cura y terminó estudiando sociología en Francia. A su regreso, casado con una francécita, se dedicó a crear una cooperativa campesina donde yo, que tampoco terminé ingeniería (me expulsaron a punto

de terminar por haber participado en la primera y última huelga estudiantil), le estuve dictando algunos cursos de formación. Se lanzó a la alcaldía y como tenía opción de ganar, lo asesinaron. Echaron a rodar la “bola” de que pertenecía al ELN (Ejército de Liberación Nacional).

Posteriormente fuimos a almorzar a la Hacienda Suescún, un poco adelante de Sogamoso. El almuerzo fue en los jardines de la Hacienda, al lado de una vieja torre que alberga un campanario. Por todos lados hay eucaliptos gigantescos donde cuelgan una largas “barbas” (líquenes), lo que genera un ambiente apacible y aristocrático. En sus potreros aledaños se ven caballos con su correspondiente pista de obstáculos y ganado Holstain. Sus cercas no son de alambre de púas sino de madera.

Después de 7 horas de viaje, llegamos a la cabaña. Esta forma parte de una finca con una casa grande; demasiado grande. Se encuentra abajo, lejos del pequeño palacete (como a 200 metros) e Ismael, el cuidandero, nos ayudó a llevar el mercado. Según entendí surge de la remodelación de una casa campesina. Le hicieron una salita con un enorme ventanal donde se divisa la Laguna, la cual, a ciertas horas del día es de color verde y a otras, de color medio azulado. Alucinante. En una de sus esquinas hay una pequeña chimenea; una especie de cilindro como de 40 centímetros de diámetro con un fuerte “tiro”, lo que hace que todo el humo sea succionado por el buitrón sin sofocar para nada el ambiente interno. Adentro hay una pieza con dos camas y un peligrosísimo altillo, donde dormimos Graciela y yo. Bajar de él resulta toda una Odisea: su angostísima escalera tiene una pendiente como de 70 grados y “adentro” hay que circular en cuatro patas. En el primer piso también tiene un baño y una cocina muy particular pues existe una estufa de leña, hermosa pero dispendiosa de prender y una especie de reverbero eléctrico de dos puestos, donde calentar el agua para hacer una café puede durar 20 minutos, convirtiendo el cocinar en un drama. La remodelación sobrepuso la estética y rusticidad a la funcionalidad. Afuera hay un hermoso comedor (mesa con troncos de acacia y sillas de hierro) que permite comer teniendo como fondo el paisaje; como en una película. Sola falta agregar, para ser realista, que al paisaje hay que sumarle el viento helado que sopla por ratos y que si uno se descuida puede convertir el mantel en una cometa.

Al mirar la Laguna, una de las cosas que más me llamó la atención fueron los molinos de viento los cuales, con el movimiento de sus hélices, hacen funcionar la bomba que sube el agua de la laguna hasta los tanques que surten las casas (40? 50? metros). También se nota todo el trabajo de reforestación, cuestión que dura años (lo sé por mi finquita de Choachí), y que ha sido realizado con especies nativas, en contravía con los pinos que rodean la mayor parte de las laderas de la laguna.

Diana prendió la chimenea y aunque estábamos cansados, nos quedamos conversando hasta tarde. Nos tomamos una sopa de zanahoria hecha por Diana en Bogotá que tenía ajo y una hierba de la cual ya no me acuerdo su nombre.

## **Martes 26 de marzo**

Hoy, martes 26 de marzo nos fuimos a caminar. Lo hicimos por una carretera destapada y en compañía de uno de los perros de la finca que no fue posible obligarlo a devolverse. Era grande, fornido, peludo y amigable. Con cierto parecido a Yeti, mi perro preferido. No queríamos trastearlo con nosotros porque, pensábamos, en la primera casa que encontráramos terminaría agarrado con los susodichos perros. Pero, no. En los cerca de 3 kilómetros que anduvimos, no encontramos ninguna casa. Solo pasamos por un “pueblito” que ese día se encontraba desolado, construido como para turistas, lleno de banderas de Colombia con casitas donde funcionaban el cine, la tienda, la escuela...etc., ubicados en el marco de una placita a cuyos costados habían construido una iglesia para liliputs y colocado un tractor y una bomba de gasolina, estos últimos sí de verdad. También había una locomotora y un carro antiguo. Un poquito kitsch, aunque algunos de sus objetos eran realmente atractivos (el carro, por ejemplo, era igual al de mi tío Luis). Nacionalismo de provincia de algún terrateniente ricachón?

Al finalizar nuestra corta travesía llegamos a una colina desde donde se podía divisar un amplio valle, este sí sembrado de minifundios (y de casas) rodeados a su vez de pasto verde, lo que contrastaba con la tierra seca de color café, casi cobrizo, de los alrededores. Según nos dijo Ismael, llevaban ya casi 4 meses sin lluvia. A lo lejos se podían ver la silueta de varios montes de mediana altura que dibujaban el paisaje típico de los departamentos de la cordillera cundiboyacense. Nos devolvimos relativamente rápido porque el sol picaba. Menos mal el regreso era en bajada, lo que lo hacía más rápido y descansado.

Almorzamos “picada” (carne, morcilla, papas...). El lomito estaba exquisito. Yo no como morcillas porque es maravillosa hasta que uno se entera cómo la hacen.

Lavé la loza, lo que en casa ajena resulta todo un problema porque no se sabe dónde están los utensilios para hacerlo y porque Graciela me revisa la tarea y vuelve a lavar un porcentaje de las cosas.

En la noche Diana prendió nuevamente la chimenea; es una verdadera experta. Y yo con vino y queso y Diana con aguardiente, continuamos la conversación. Graciela no toma trago; fuma. Se integra a “palo seco”. Hablamos un poco de muchos temas pero fundamentalmente de la familia. Yo de mi hermano gemelo y mi hermano mayor. Ella de ella y de hermanos y

sobrinas. Afloraron secretos, sorpresas, compasiones, admiraciones; toda esa vida que es necesario narrar para ir teniendo cada vez más paz interior. Y después dicen que el beber no hace sino estragos! Qué enorme mentira. Graciela, que ya había oído nuestras historias por separado, no me comentó casi nada.

### **Miércoles 27 de marzo**

El miércoles 27 de marzo me desperté con una llamada de Lola, mi compañera de trabajo. Había muerto Javier de Nicolás. Con el curita Salesiano que trabajaba con gamines (muchachos que vivían en la calle) ambos habíamos estado varios años hacía ya bastantes años. Recordé, entonces, anécdotas vividas como aquella que pregonaba: “si uno quiere conocer una obra educativa lo que hay que hacer es mirar sus baños”. Y tenía razón: sin unos baños dignos (aseados, funcionales...) toda filosofía es “paja”. También rememoraba las noches en que lo esperaba en una de las casas del Programa (La Florida) para servirle de soporte en la escritura de un segundo libro sobre la experiencia. Yo le hacía preguntas y él las contestaba (no siempre). La grabación era posteriormente transcrita y yo la editaba. Se la mostraba, la leía y....hasta ahí llegaba la cosa pues en la intimidad de la noche hacía observaciones que a la luz del día parecería más prudente no decir las y menos publicarlas. La burocracia estatal obviamente no lograría comprenderlas.

Graciela y Diana prepararon unas enormes truchas que nos había conseguido en la laguna la hija de Ismael. Cuatro (4) costaron \$20.000. Al plato se le sumó papa y arroz (que demoraron una eternidad cocinándose por aquello del reverbero) y aguacate. Y obviamente cerveza, también comprada a última hora en la milagrosamente abierta licorera de Sogamoso. Delicioso.

Yo eché una siesta. Ellas leyeron. Graciela devoraba una novela de María Dueñas: El tiempo entre costuras, que se desarrolla mitad en África y mitad en Madrid, durante la guerra civil Española. A veces logro que me las cuente.

En la noche nuevamente chimenea y trago pero sin confesiones embarazosas. Había sido suficiente con la noche anterior.

### **Jueves 28 de marzo**

Nos regresamos temprano porque nuevamente teníamos boletas para una obra de teatro. Salimos a las 7 de la mañana. Esta vez fuimos a desayunar a la Hacienda Suescún. A la altura de Sesquilé nos atascamos en un trancón. Pensamos que había habido algún accidente pero no: Graciela se adelantó a píe y averiguo que la vía hacia Bogotá estaba cerrada hasta dentro de 2 horas, para facilitar la pasada de una ola inmensa de carros que se internaba en el

departamento de Boyacá. Realmente había cierta razón porque por 10 carros que iban para Bogotá, fácilmente 100 venían para Boyacá. Nosotros, como en toda la vida, siempre hemos andado al revés. Por fortuna alguien nos sugirió devolvernos un pequeño tramo y desviar por una carretera alterna. Así lo hicimos. Era una carretera ya no de 4 carriles sino de 2 que conduce a Guasca.

Resultó muy bien porque parece que muy pocos de los trancados se habían dado cuenta (quizá tampoco podían maniobrar para lograrlo) y la carreterita estaba bastante desocupada. En Guasca habíamos estado en una hacienda hotel por la época de navidad, y resultó agradable volver a recorrer sus parajes.

Cerca de La Calera pasamos por unas urbanizaciones lujosísimas donde cada casa bien podría valer mil millones de pesos. Lo único que me suscitaba una especie de alegría compensatoria era que entre semana, según lo había escrito Molano en varios artículos del periódico El Espectador, el ingreso a Bogotá en horas pico podía llegar a ser hasta de 2 horas. Vivir allí solo tenía sentido si uno no tenía que ir a trabajar todos los días a Bogotá y menos con horario de oficina. Más aún, sería mejor, como seguramente sucedía en muchos casos, si no tuviera que trabajar.

Pasamos también por Cementos Samper, fábrica ahora abandonada que me recordó el escrito de un compañero del taller de crónica, donde comentaba cómo algunos obreros se montaban a escondidas en las vagonetas que transportaban el cemento para bajar más rápido la montaña.

Y llegamos a Bogotá con tiempo suficiente para asistir a la otra obra de teatro que teníamos reservada: Novecento.

Otro monólogo, comentó nuestro hijo (ya habíamos asistido a la Violación de Lucrecia). Será porque escasean los actores, comenté tratando de hacer un chiste flojo. El actor era Darío Grandinetti, Argentino, quien también ha actuado en varias películas, entre ellas Relatos Salvajes, la del "ingeniero bombita". Se trata de un niño hijo de inmigrantes pobres que nace en un barco y es abandonado sobre un piano, el cual aprende a tocar con una destreza angelical. Y durante su vida (37 años?) nunca baja del buque. Inicialmente parece un stand up (comedia fácil y salpicada de chistes verdes) y al final se pone trascendental, con reflexiones sobre la vida absolutamente crípticas. De todos modos, mientras se dedica a la narración, que es por fortuna la mayoría del tiempo, resulta bastante grata.

Al salir de la obra nos fuimos a acostar. El descanso de Semana Santa nos había dejado rendidos.